

INSTANTANEAS DE UN DIA

(DE LA EXCURSION DE LA GUARDIA DE FRANCO A TOLEDO)

(Continuación)

Desde Zocodover, y después de ruar unos minutos por ese intrincado laberinto que ofrecen las calles toledanas, y por una empinada, damos vista al primer objetivo de nuestras visitas, el Alcázar.

Con heroína gallardía, exhibe su mutilado cuerpo, quien del que pluma mejor cortada que la mía, allá en el primer cuarto del siglo, decía: «es fábrica de varias épocas que blasona de castillo y palacio»; pero que nosotros, espiritualizándole, le contemplamos como bravo guerrero, que supo escudar en la lucha, con serenidad y coraje, todos los embates del enemigo, sobre el que queda erguido, para ofrecer a la diosa de su fé, el triunfo conseguido, menospreciando sus sangrantes heridas que cauterizan el fuego de su amor.

No podemos resistir al impulso de veneración, ante el recuerdo de aquella gesta del 36, de que fué escenario, y transportados a los días cruentos, le vemos sudoroso y jadeante, conteniendo aquellas masas infernales hacia él vomitadas que quieren profanar sus entrañas.

Mas, volvamos a la realidad y recordemos su historia, que arranca del siglo III de nuestra era, estableciéndose un pretorio en su lugar, que sería utilizado por visigodos y árabes en sus dominaciones, no volviéndose a tener noticias documentales de él hasta que el conquistador de la «Toleitola» árabe, Alfonso VI en su crónica dice: «E mando facer un alcázar, el cual es hoy allí». Fué su primer alcaide Ruiz Díaz de Vivar, habiendo sido testigos sus muros del juicio de los Condes de Carrión, sus yernos, y servido su torre vigía de observatorio a D.^a Berenguela, esposa de Alfonso VII, para presenciar aquel desfile del ejército árabe, que al saber que estaba desguarnecida la plaza y al frente de ella una dama, en un arranque de caballerosidad, no la quisieron atacar. Allí finalizaron los impuros amorios de la hebrea Raquel y Alfonso VIII, cortados por el pueblo amotinado al dar muerte a la bella dama.

Manda Alfonso X levantar sus cuatro torres, y Carlos I, ya coronado Emperador, apasionado por Toledo, quiere transformar la fortaleza en Palacio, en la que intervienen Covarrubias, Villalpando y Herrera. También Felipe II dedica atención al Alcázar, al interesarse personalmente del trazado de la escalera principal que había hecho Covarrubias, encargando a Villalpando de otro trazado o que enmendara el hecho por aquél.

Predestinada esta fábrica al martirio, sufre un incendio en la invasión francesa, que con otros sufridos después, hacen decir a Martínez-Simancas: «y como si este elemento destructor quisiera probar su potencia en las realidades pétreas de los hombres que aman el Alcázar, destruyó nuevamente pero no

venció, pues ahí está, fortaleza tesonera hoy de la Infantería española».

Cuán ajeno de las nuevas pruebas que le estaban reservadas; mas superadas éstas, también decimos: ahí está, mutilado, heroico por su Dios y por su Patria. Con la devoción del creyente que penetra en un santuario, y con multitud de recuerdos agolpados en nuestras mentes, entramos en lo que es hoy «Santuario del Heroísmo», visitando en primer lugar la Cripta, donde rendimos obligado homenaje a los héroes que allí reposan, y meditando aquella inscripción: «Los que mueren como han muerto quienes yacen en este Panteón, suben al cielo y pasan a la Historia», recorremos aquellas galerías, por las que tanto honor se paseó y llegamos a la Capilla-Enfermería, cuyos útiles y muros parece que nos hablan de cuanto dolor resignado fueron testigos.

Es ahora en el despacho del Sr. Coronel, donde el corazón se encoge ante el frío de la serenidad transmitida por el teléfono 1300, por el que se sostiene aquel corto pero sublime diálogo, entre los dos hombres que como permanente escolta de sus mismas palabras, supo el pincel plasmar. Son los retratos de los Moscardó, padre e hijo, que vienen a ser el centro de aquella gesta.

Todas aquellas evocadoras dependencias, de emotivos recuerdos, son visitadas, y refortalecido nuestro espíritu, ponemos fin a la visita.

Camarada, si un día tu fé flaquea, o tus fuerzas se debilitan en el servicio que debes a la Patria en el puesto que se te haya confiado, recuerda esta visita al Alcázar, que será el milagroso bálsamo que te retornará la fé y los bríos, teniendo presente que «Corona de la vida es morir por la Patria; pero esa corona brilla más si la acompaña el heroísmo».

FRANCISCO CARABALLO



UNIDAD

Órgano de la Lugartenencia Comarcal de la Guardia de Franco

Administración: Santo Domingo, 1.—Teléfono, 186

IMPRESOS

Lugartenencia Comarcal de la Guardia de

Franco

Jefatura de FET y de los JONS

Puerto Real

Imp. Castellanos-Alcázar

(Ciudad Real)

